

La Iglesia Como La Familia de Dios

*“Así que ya no sois extranjeros ni
advenedizos, sino conciudadanos de los santos,
y miembros de la familia de Dios” Efesios 2.19*

INTRODUCCIÓN:

Entre todas las metáforas con las que se representa a la iglesia, la que nos ofrece Efesios 2.19, como “familia de Dios”, toca muy de cerca lo que fue el plan de divino en su misma creación. Porque la iglesia es ante todo la familia y el pueblo de Dios. Lo primero que Dios formó fue la familia. A Dios no le pareció bien que el hombre estuviera solo, de allí que vino la compañera. De esta manera Dios puso al hombre en el paraíso y le dio la tierra por casa para que la poblara con muchos hijos. Dios se muestra a la humanidad como “Padre”, nos muestra a Jesucristo como “Hijo” y a todos aquellos que le reciben como Señor y Salvador, les da la oportunidad de ser hechos “hijos de Dios”, según su eterna y divina voluntad; pues leemos en el evangelio según Juan lo siguiente: “**En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios**” Juan 1.11 - 13

I. LA IGLESIA COMO FAMILIA NOS DA UN SENTIDO DE PERTENENCIA

1. Lo que éramos y lo que somos. El contexto de Efesios 2 nos presenta la más completa descripción de lo que éramos y lo que somos en la familia de Dios. Pablo se aseguró de poner una lista completa de lo que éramos, a lo mejor pensando en su propio testimonio antes de conocer a Cristo, para hablarnos de un estado lúgubre, triste, vacío y sin esperanza, fuera de la comunión con Cristo. Lo primero que nos recuerda es que estábamos “muertos en nuestros delitos y pecados” v. 2.

Nos recuerda que seguíamos las corrientes de este mundo liderados por su príncipe Satanás, lo cual nos hacía hijos de desobediencia v. 2. Pero además de estos poderes, vivíamos bajos los deseos de la carne, haciendo siempre su voluntad, lo cual nos convertía en esclavos v. 11. Y por cuanto pertenecíamos al pueblo gentil, se nos catalogaba como incircuncisos, **“alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”** v.12. Pero Jesucristo por medio de su sangre hizo al hombre nuevo, logrando la paz y la reconciliación, poniéndonos a todos en un solo cuerpo y como una gran familia. Por lo tanto no somos extraños (extranjeros), sino que ahora somos “miembros de la familia de Dios”. Los que son suyos no tenemos distinción sino pertenencia.

2. Tenemos a un Padre para todos. En la familia de Dios tenemos un solo Padre a quien llamamos “Padre nuestro”. Ninguna otra revelación nos toca tan de cerca, que aquella donde llamamos a Dios de esta manera. Hay en esto un sentido de seguridad, de provisión y de completa confianza sea cual sea la necesidad que enfrentemos. Jesucristo se aseguró de mostrarnos a Dios de esta manera. Solo una vez se dirigió a él como Dios, en su grito de dolor en la cruz, pero aún allí lo llamó dos veces Padre. Y la afinidad era tan grande que lo llamó “Abba Padre”, con lo que se mostraba un gran grado aún superior de intimidad. Juan nos da un gran texto para hablarnos del carácter de este Padre: **“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él”** (1^a Juan. 3:1). En esta familia solo tenemos a un Padre.

3. Tenemos un Hermano mayor. Pablo nos dice que en la familia de Dios llegamos a ser no solo herederos de Dios sino coherederos con Cristo (Romanos 8:17). Esta distinción nos pone igual con el Hijo de Dios. Por cuanto Dios le hizo heredero de todo (Hebreos 1:2), ahora cada hijo adoptado en esta familia recibirá por la gracia divina la herencia completa que Cristo ha recibido por derecho divino (2 Corintios 8:9 **“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”**). En la familia de Dios, Jesucristo como nuestro hermano mayor es nuestro gran intercesor. Es el abogado. El gran sumo sacerdote. Es el que nos conecta con el Padre especialmente a través de nuestras oraciones. Solo en la familia de Dios se da esta experiencia. Y lo más importante es que él no se avergüenza de llamarnos sus hermanos (Hebreos 2.11 **“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se**

avergüenza de llamarlos hermanos"). No se avergüence usted tampoco de llamarlos así. Como hermanos todos tenemos la misma dignidad. Nadie en esta familia debe ser más importante, ni tenemos derecho de menospreciar a los más pequeños. Mire la forma cómo Jesús nos distingue (Mt. 23:8 – 9 **"Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos."**).

II. LA IGLESIA COMO FAMILIA NOS DA UN SENTIMIENTO DE SEGURIDAD

1. Debemos ser atendidos al nacer. Así como un bebé es recibido con alegría y es atendido con especial cuidado, la iglesia provee para el recién convertido su seguridad, Pedro nos presenta la figura del infante que busca la leche como su principal alimento al compararlo con la lecha espiritual que debe ser bebida para el crecimiento. A los que entran a esta familia les dice: **"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación"** (1 Pe. 2:2). Llegamos a ser parte de la familia de Dios mediante el nuevo nacimiento. Y usted goza de la protección de Dios, protección que el mundo sin Dios no alcanza a comprender:

- **Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.** Romanos 8.28
- **Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor.** 2^a Corintios 5.6
- **Busqué a Jehová, y él me oyó, Y me libró de todos mis temores. Los que miraron a él fueron alumbrados, Y sus rostros no fueron avergonzados. Este pobre clamó, y le oyó Jehová, lo libró de todas sus angustias. El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, Y los defiende. Gustad, y ved que es bueno Jehová; Dichoso el hombre que confía en él. Temed a Jehová, vosotros sus santos, Pues nada falta a los que le temen.** Salmos 34.4 – 9

2. Las promesas de provisión son para todos. Una de las primeras cosas que aprende el nuevo miembro de la familia de Dios es que él cuenta con el Dios de toda provisión. Además de darle la promesa espiritual que él "es poderoso para guardarlos sin caída, y presentarlos sin mancha delante de su gloria con

gran alegría” (Judas 24), también escucha la gran promesa que Cristo dejara tocante a las necesidades materiales: “**No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas**” (Mateo 6:31-32). La seguridad que sentimos es que en medio de las más fuertes crisis de nuestras vidas, el creyente no se quedará allí. Él no entra en pánico ni en desesperación, porque toda su vida ahora está en las manos del Señor. Él llega a aprender que “**vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad...**”. Véase y compárese Lucas 11:11

3. Aliento para los tiempos de desánimo. Los tiempos de desaliento llegan con mucha frecuencia. Los hijos se desaniman cuando ven que sus sueños no son cumplidos. La presencia de una madre amorosa y de un padre optimista hace la diferencia en la vida de sus hijos. Esto mismo sucede en la iglesia. Tenemos miembros que son presa fácil del desánimo y el desaliento. Si fungimos como la auténtica familia de Dios todos esos estados emotivos cambiantes debieran disiparse por el contagio del gozo, del amor y de la esperanza que expresamos los unos con los otros. Pablo conocía muy bien la tendencia del desánimo en los hermanos, de allí su exhortación:

Que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos (1 Tesalonicenses 5:14). El sentimiento de seguridad es trasmítido por los cuidados que otros tienen de mi persona.

III. LA IGLESIA COMO FAMILIA NOS DA UN SENTIMIENTO DE IDENTIDAD

1. Soy digno de ser llamado su hijo. La oración que más repitió el “hijo pródigo” antes de llegar a casa fue: “**Ya no soy digno de ser llamado tu hijo**”. ¿Sabía usted que ese sentimiento de indignidad es el que más abunda cuando se ha malgastado la vida, viviendo perdidamente? Pero cuando alguien viene a la familia de Dios recobra la dignidad que el pecado le había quitado. En esta nueva familia descubre que es un linaje escogido, un real sacerdocio, una gente santa y que ha sido adquirido por Dios a través de Cristo (1 Pe 2:9). Vivimos en una sociedad que hace rato perdió el respeto por la dignidad de la persona. La vida no vale nada. Pero la incorporación a la familia de Dios levanta al individuo y lo llena de profundo

respeto. El hombre en Cristo descubre la grandeza y el propósito de su creación. Descubre que él no nació para el pecado sino para su Dios.

IV. LA IGLESIA COMO FAMILIA NOS PROVEE DE ACEPTACION ESPIRITUAL

Para nadie es un secreto que nuestro mundo tiene visos de discriminación. Sin embargo en Jesús y en su iglesia somos aceptados, pues el Señor lo dijo así: “**Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Más os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero**” Juan 6.35 – 40

CONCLUSIÓN: Si creemos que la iglesia es la familia de Dios, entonces aquí no debiera haber diferencia por cuanto todos somos hermanos. La iglesia como familia de Dios es el único lugar donde todos somos hijos de un mismo Padre. Por lo tanto, todos somos miembros de un mismo cuerpo. Todos participamos de la misma vida, pues por todos corre la misma sangre, es decir, la gracia de Dios que llevamos dentro desde el mismo momento que el Espíritu Santo mora en nosotros. Pero, ¿para qué nos quiere Dios como una familia? Para que seamos una bendición. La gente que está fuera de esta familia son “huérfanos espirituales”. Dios los quiere hacer sus hijos y para que esto ocurra, los que estamos dentro debemos buscarlos y darles la bienvenida. La invitación de hoy es para que usted sea miembro de esta familia: “**porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre**” Efesios 2.18

¡Que Dios bendiga sus vidas rica y abundantemente!

**Si desea descargar el archivo en pdf pulse sobre el siguiente enlace [La-
iglesia-como-la-familia-de-Dios](#)**